

## *UN DECENIO DE LA VIDA AFRICANA (1960-1970)*

En 1960, hace escasamente diez años, llegaba a su punto culminante la descolonización de Africa, puesto que en dicho año pasaban a constituirse en Estados soberanos e independientes 17 territorios sujetos a la administración colonial francesa, belga, inglesa o italiana: Alto Volta, Camerún, Congo (Brazzaville), Congo (Kinshasa), Costa de Marfil, Chad, Dahomey, Gabón, Madagascar, Mali, Mauritania, Niger, Nigeria, República Centroafricana, Senegal, Somalia y Togo. Esto representaba un decisivo acontecimiento político en un continente que, antes de la II Guerra Mundial, carecía prácticamente de Estados independientes, a excepción de Liberia, puesto que Etiopía, el milenarismo Imperio, había sido ocupado militarmente por Italia, Egipto se encontraba bajo ocupación militar británica y la Unión Sudafricana gozaba de autonomía en el marco de la Commonwealth.

El camino que condujo a la explosión de independencias registradas en 1960 había sido lento y laborioso. Merced al firme espíritu descolonizador mantenido por la Organización de las Naciones Unidas, seis nuevos Estados se habían incorporado gradualmente a aquellos cuatro que hemos citado. De ellos, los cuatro primeros pertenecen al área arabo-islámica norteafricana, y fueron Libia (1949), Sudán (1955), Marruecos y Túnez (1956). En 1957 surgió la primera nación independiente del Africa negra o subsahariana, cuando la Gran Bretaña concedía la independencia a la colonia de Costa de Oro, que advenía a la vida internacional, bajo el nombre evocador de Ghana. Finalmente, Guinea votaba «no» en el referéndum de 1958, se separaba de los territorios franceses que habían adoptado la Constitución de la Unión y se transformaba en un Estado soberano. Es decir, que, al iniciarse 1959, en toda la inmensidad del continente africano tan sólo existía un exiguo mosaico de 10 naciones independientes.

Finalizado 1960—que, con razón, fuera llamado «el año de Africa»—, una gran parte del continente regía ya sus propios destinos. Esa súbita marea de independencias ha proseguido en los años sucesivos, que han contemplado

cómo se incrementaba la constelación de naciones soberanas con los siguientes miembros: Sierra Leona y Tanganyka (1961); Argelia, Burundi, Ruanda y Uganda (1962); Kenya y Zanzibar (1963); Malawi y Zambia (1964); Gambia (1965); Botswana y Lesotho (1966); Guinea Ecuatorial, Mauricio y Ngwane (1968). Es decir, 42 países legalmente independientes—además de la autoproclamada de Rhodesia—, en un continente de 313 millones de seres.

Si bien desde el punto de vista político, la existencia de tan considerable número de naciones representa un éxito cierto, pues traduce la aplicación casi general del principio de que todo pueblo tiene derecho a gobernarse a sí mismo, en otros aspectos el panorama no resulta tan favorable, merced a la concurrencia de factores negativos de diversa naturaleza.

Entre ellos, podemos mencionar, en primer lugar, la extremada fragmentación territorial—evidente balkanización—con que Africa ha accedido a la independencia. De tal forma, han llegado a la soberanía Estados inviables por varias causas, entre ellas su mínima extensión superficial y carencia de recursos adecuados. Así se ha producido el caso angustioso de la isla Mauricio, con 1.865 kilómetros cuadrados de extensión y una densidad de población de 421 habitantes por kilómetro cuadrado, cuando su único medio de vida, prácticamente, es el cultivo de la caña de azúcar. También existe el microestado de Gambia, con 11.295 kilómetros cuadrados, algo menor que la provincia de Murcia. Seguidos ambos, en orden ascendente, por Ruanda (26.338 kilómetros cuadrados) y Burundi (27.834 kilómetros cuadrados). Habida cuenta de la exigua extensión y los contados recursos de estas naciones que hemos mencionado, surgen, como es de comprender, graves inconvenientes para su subsistencia económica. Así, por ejemplo, en el caso concreto de uno de los países citados, Ruanda, el total de su producción nacional llega tan sólo a 150 millones de dólares, es decir, el 0,007 de la producción mundial. Sólo el 8 por 100 del producto nacional bruto (PNB) de los países del Africa tropical procede de la industrialización, mientras que en Iberoamérica es del 20 por 100. En el PNB de Africa, las importaciones suponen el 26 por 100, mientras que en Iberoamérica es el 15 por 100.

Análogas consideraciones se desprenden de considerar los efectivos demográficos de esos países, puesto que si el área superficial no es un factor muy expresivo de su potencialidad económica, la población refleja mejor esa característica de un país. Pues bien, tenemos que, en el aspecto demográfico, tres Estados africanos cuentan con una población inferior al medio millón de habitantes: Gambia (350.000), Guinea Ecuatorial (282.000) y Ngwane

(397.000). El número anterior de Estados se eleva a siete cuando consideramos una población inferior al millón de habitantes, puesto que a la anterior lista se agregan Botswana (620.000), Gabón (630.000), Lesotho (850.000) y Mauricio (786.000). Al considerar un techo de población de cinco millones de habitantes, son ya 27 los Estados; es decir, más del 64 por 100 de cuantos existen en Africa, o sea, los anteriores y Burundi (3,4 millones) Congo-Brazzaville (1), Costa de Marfil (4,5), Dahomey (2,5), Guinea (3,7), Liberia (1,1), Libia (1,1), Malawi (4), Mali (4,8), Mauritania (1,5), Niger (3,5), República Centroafricana (1,5), Ruanda (3,3), Senegal (3,7), Sierra Leona (2,4), Somalia (2,7), Chad (3,4), Togo (1,7), Túnez (4,6) y Zambia (4,1).

De todas formas, para el conjunto de Africa, el índice de crecimiento anual de su población es del 2,5 por 100, el más alto después de Iberoamérica. No obstante, en función de los factores económicos, como señala Guernier, «los imperativos del desarrollo—es decir, la voluntad de desarrollarse rápidamente—podrían incitar a los dirigentes a recomendar una disminución del índice, que debería pasar del 2,5 al 1,5 por 100, por ejemplo, ya que esta última cifra está considerada como mínima para permitir el desarrollo económico»<sup>1</sup>, y, como corrobora Dumont, «la explosión demográfica se está produciendo ya a un nivel muy inferior de desarrollo económico»<sup>2</sup>.

El hecho de que el 64 por 100 de sus Estados no alcancen la modestísima cifra de los cinco millones de habitantes, es suficientemente elocuente para expresar las extraordinarias dificultades que se necesitan vencer para lograr un eficiente desarrollo económico. La exigüedad de los mercados nacionales constituyen un grave obstáculo para llegar a una sensible industrialización, pues que sólo la existencia de una amplia masa compradora podría promoverla. A esto se agrega que se trata de poblaciones de muy bajo poder adquisitivo, puesto que poseen niveles de renta extremadamente bajos, con un promedio de unas 30 libras esterlinas anuales «per capita», lo que determina que el mercado para las manufacturas sea muy pequeño en la mayoría de los países.

Otro factor restrictivo que no debemos olvidar, lo constituye la débil densidad de población en gran número de Estados. Con arreglo a ella tenemos que existen nueve estados con una densidad inferior a cinco habitantes por kilómetro cuadrado: Botswana (1), Congo-Brazzaville (2,9), Chad (3), Ga-

<sup>1</sup> MAURICE GUERNIER: "L'Afrique en l'an 2000", en *Afrique 1969*, número especial anual de "Jeune Afrique".

<sup>2</sup> RENÉ DUMONT: *L'Afrique Noire est mal partie*, pág. 205, París, Seuil, 1966.

bón (2,3), Mali (3,9), Niger (2,8), República Centroafricana (2,6), Somalia (4) y Sudán (4). Si subimos a un índice inferior a 15 habitantes por kilómetro cuadrado, figuran 19 Estados: los anteriores y Camerún (11), Congo-Kinshasa (7), Costa de Marfil (12,7), Guinea (13), Guinea Ecuatorial (10), Liberia (10), Madagascar (11), República Sudafricana (13), Tanzania (14) y Zambia (5,3). Sólo superan los 30 habitantes por kilómetro cuadrado siete Estados: Marruecos (37), Mauricio (421), Uganda (32), República Árabe Unida (31), Ruanda (128), Sierra Leona (33) y Togo (31). Es decir, que esta débil densidad que predomina en el conjunto de los países africanos<sup>3</sup> ha de repercutir desfavorablemente en la infraestructura de tales países (comunicaciones, obras públicas, centros asistenciales y educativos, etc.).

En definitiva, como síntesis de los antecedentes expuestos, tenemos que el conjunto del bloque de países africanos supone actualmente unos 300 millones de habitantes respecto a una población mundial ligeramente superior a los 3.000 millones, es decir, que constituye aproximadamente el 10 por 100. En cuanto a la producción mundial, el porcentaje que representa Africa es sólo del 2 por 100, al ascender a unos 41.000 millones de dólares; es decir, menos que la mitad de Francia—que representa el 4,6 por 100 de la producción mundial—, siete veces menor que la Unión Soviética (14 por 100) o más de 17 veces menor que los Estados Unidos (35 por 100). Cifras tan categóricas demuestran el tremendo subdesarrollo en que se encuentra la inmensa constelación de los Estados africanos independientes. Como afirma Maurice Guernier<sup>4</sup>, «hoy, Africa, fragmentada en micronacionalidades, está en pleno atasco. ¡Dahomey tiene un producto nacional inferior al de la ciudad de Nantes, el de Senegal es inferior al de la Corrèze! ¿Cómo pueden esperar progresar?». En la actual situación microestatal no parece posible tal progreso, a menos que se adopten medidas apropiadas, tales como proceder a una integración económica de amplias proporciones y adoptar esa resolución en un plazo brevísimo, puesto que, como advierte Hazlewood<sup>5</sup>, «el prin-

<sup>3</sup> Excluimos a Argelia (cuya densidad es muy variable, ya que oscila del 0,7 en el Sahara a más de 250 en el litoral), Burundi (que varía de 250 en las regiones centrales a 10 en el Este y Oeste), Libia y Mauritania (por razones análogas a las de Argelia), Nigeria (que varía de 23 en el Norte, a 38 en el Centro-Oeste, a 66 en el Oeste y a 94 en el Este) por ser menos representativos sus índices.

<sup>4</sup> MAURICE GUERNIER: Op. cit.

<sup>5</sup> ARTHUR HAZLEWOOD (ed.): *African Integration and Disintegration*, Oxford Univ. Press, 1967, pág. 13.

cial peligro [para Africa] en retrasar la integración es que algunos países procederían a establecer industrias en gran escala que no pueden trabajar con plena efectividad en un mercado confinado en las fronteras nacionales. Estas industrias pueden establecerse en cierto número de países, sin miras a un comercio interregional o, lo que es peor, con presunciones incorrectas sobre las perspectivas de tal comercio. Esta fragmentación del mercado y duplicación de las unidades productivas constituyen ya un serio problema en Iberoamérica».

Una gran parte del negativo panorama actual que hemos esbozado anteriormente tiene su origen en la determinación de los dirigentes africanos, que efectuaron la descolonización de Africa—actitud que fue recogida posteriormente por la O. U. A.—de mantener a ultranza los heterogéneos contenidos étnicos y los artificiales límites de las colonias europeas. Las potencias europeas se habían repartido Africa de forma arbitraria y caprichosa, desmembrando el continente en territorios artificiales, cuyas fronteras consistían en meridianos o paralelos (ya que el interior resultaba prácticamente desconocido) o trazando sus zonas de influencia a partir de los lugares alcanzados por sus misioneros, exploradores o soldados. Quiere esto decir que se desmembraron conjuntos geográficos naturales, amplios y viables, en colonias más o menos exiguas, pero generalmente antinaturales. Al propio tiempo, las artificiales fronteras, trazadas con tanta codicia como ignorancia, escindían grupos étnicos homogéneos u obligaban a convivir a otros antagónicos o heterogéneos. No obstante, llegada la hora de la independencia, en vez de corregir esos abusos y errores, retocando tales fronteras arbitrarias, las nuevas autoridades africanas han acordado mantenerlas intangibles de tal forma, que hoy «aparece claro que las fronteras 'nacionales' establecidas por las potencias coloniales han demostrado ser mucho más duraderas que los vínculos interterritoriales establecidos por las mismas potencias. Las fronteras nacionales están tan firmemente admitidas, que los Estados sucesores lucharán por su integridad, aunque tales fronteras fueran establecidas muy recientemente por una combinación de oportunidad histórica y maniobra diplomáticas y militares entre las potencias europeas»<sup>6</sup>. Con esta determinación, tan equivocada, se ha perdido una ocasión irremplazable para sentar las bases de unos Estados suficientemente prósperos y de un futuro prometedor.

Las consecuencias derivadas de esta falta de visión ante el porvenir

---

<sup>6</sup> ARTHUR HAZLEWOOD: Op. cit., pág. 3.

se han manifestado tanto en el plano económico como en el político. Así, por citar un ejemplo, Gambia no es económicamente viable por sí misma; tiene un déficit presupuestario crónico y depende sustancialmente de la ayuda económica inglesa. Sus fronteras son perjudiciales, tanto para Gambia como para el Senegal, como subraya Hazlewood <sup>7</sup>, «para Senegal significa un aislamiento parcial de su provincia meridional de Casamancia y la imposibilidad de usar totalmente el río Gambia. Para Gambia representa la incapacidad de emplear su región natural principal, que es la cuenca del río, y que Bathurst quede privado de la oportunidad de servir de puerto de una gran área económica».

Para remediar en lo posible tan notables dificultades en los últimos años, los dirigentes africanos vienen esforzándose en poner en marcha diversos proyectos de cooperación económica. Uno de los más recientes ha sido la «Organización de Estados ribereños del Senegal» (OERS), creada el 24 de marzo de 1968, en Labé (Guinea), por Guinea, Mali, Mauritania y Senegal, para «reconvertir—según explica Seku Ture—rápidamente la totalidad de nuestros medios económicos actuales en función de la satisfacción de las necesidades, desarrollar los intercambios y establecer un programa de valoración de nuestras grandes potencialidades». Entre los proyectos adoptados figuran la construcción de un embalse regulador en Manatali (Mali), que permitirá el riego de 200.000 hectáreas de tierra; la construcción de otro embalse en el valle bajo del Senegal, que permitirá el riego de tierras en Senegal y Mauritania, y está en estudio la realización de un puerto fluvial en San Luis del Senegal, así como el acondicionamiento de las escalas de Boghé y de Kadi, en Mauritania, y Kayes, en Mali.

Hasta el momento, el instrumento quizá más valioso y estable que se ha forjado en el continente ha sido el de la O. C. A. M. En febrero de 1965, la «Unión Africana y Malgache de Cooperación Económica» (U. A. M. C. E.), durante la conferencia de Nuakchott, se transformaba en «Organización Común Africana y Malgache» (O. C. A. M.), de la que 13 países firmaron el texto constituyente: Alto Volta, Camerún, Costa de Marfil, Congo-Brazzaville, Chad, Dahomey, Gabón, Madagascar, Mauritania, Niger, República Centroafricana, Senegal y Togo. Muy pronto, en julio de 1965, Mauritania abandona la O. C. A. M. El 27 de junio de 1966, en Tananarive, los representantes de Alto Volta, Camerún, Costa de Marfil, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Chad,

<sup>7</sup> Op. cit.

Dahomey, Gabón, Madagascar, Niger, República Centroafricana, Ruanda, Senegal y Togo firmaron la Carta de la Organización, cuyo objetivo es el de «reforzar la cooperación y la solidaridad entre los Estados africanos y malgache, a fin de acelerar su desarrollo económico, social, técnico y cultural». Durante la reunión de enero de 1969, en Kinshasa, se admite en la Organización a la isla Mauricio y se cambia el nombre oficial por el de «Organización Común Africana, Malgache y Mauriciana» (O. C. A. M. M.). Realiza una labor positiva, aunque en el seno de la misma hayan existido discrepancias—tales como las de Congo (Kinshasa) y Ruanda o la de Kinshasa con Brazzaville—que han ocasionado la ausencia temporal en los trabajos, en ocasiones diversas, del Congo (Brazzaville) y República Centroafricana.

Otros proyectos y tentativas de cooperación se han iniciado en Africa, sin lograr su afianzamiento, aunque se hayan logrado pasos positivos, como el de la «Unión Aduanera de los Estados de Africa Occidental». No obstante, en síntesis, Africa no ha llegado todavía, y dista mucho de conseguirlo, a una verdadera cooperación económica, que tan vitalmente necesita.

Puede destacarse, no obstante, el éxito alcanzado por los 18 Estados africanos firmantes de la Convención de Yaundé<sup>8</sup>, de asociación a la C. E. E., convención que, tras seis años de vigencia, fue renovada en junio del pasado año, contribuyendo, de manera eficaz, a la evolución económica de dichos países africanos. Ciertamente que en esta renovación se han perdido algunos de los incentivos de la primeramente firmada, como las denominadas ayudas a la producción, aunque consiguen una ayuda financiera de 1.000 millones de dólares (810 millones en concepto de donativo, 90 en préstamos especiales y 100 en préstamos de la Banca Europea de Inversiones) que necesitan vitalmente.

Aunque quedan sin resolver los problemas de gran magnitud, en el continente se vienen advirtiendo, en el último decenio, ciertos progresos que alientan la esperanza de un futuro más prometedor. En líneas generales, se está superando la economía rural tradicional, tratando de dar fin al monocultivo y poniendo en explotación nuevos recursos. «La producción de algodón de los Estados de Africa francófona se ha cuadruplicado en el decenio que ha finalizado. Las exportaciones de café y de madera de esos mismos Estados se han doblado en el curso del mismo período. Las ventas de bana-

---

<sup>8</sup> Alto Volta, Burundi, Camerún, Congo (Brazzaville), Congo (Kinshasa), Costa de Marfil, Chad, Dahomey, Gabon, Madagascar, Mali, Mauritania, Niger, Rep. Centroafricana, Ruanda, Senegal, Somalia y Togo.

nas, sólo en la Costa de Marfil, se han triplicado en diez años... El Senegal, que sólo exportaba, en el momento de la independencia, cacahuet, vende hoy los productos de su pesca y de su subsuelo. El Gabón, cuyo único recurso era la madera de okume, exporta ya productos mineros... El cultivo de arroz ha tomado un auge excepcional desde el Senegal al Gabón y desde la Costa de Marfil al Chad<sup>9</sup>.

Esta intensificación de las producciones agrarias es muy saludable—pese a las fluctuaciones del mercado—, porque la industrialización plena del continente sólo será posible a largo plazo. Dumont advierte que «la mayoría de los gobernantes africanos colocan en la industria demasiadas esperanzas inmediatas. Pero es inadmisibles que la extensión de las industrias gabonesas, por ejemplo, aumenten solamente las importaciones de alimentos, sin aprovechar a los campesinos. Serán precisos largos años antes de que la industria, instalada con grandes gastos, pueda conseguir el pleno empleo, mientras que, en términos generales, la agricultura es capaz de conseguir inmediatamente movilizar a todas las fuerzas laborables disponibles»<sup>10</sup>.

\* \* \*

En el plano político, el mantenimiento de las antiguas fronteras coloniales ha obligado a convivir, en el seno de los Nuevos Estados independientes, a etnias muy diferenciadas—y en ocasiones tradicionalmente hostiles—, dando origen a numerosos conflictos que han dejado su huella en las jóvenes naciones.

Entre otros casos que nos brinda la turbulenta Africa durante los últimos años podemos recordar las sangrientas luchas ocurridas en Ruanda, en noviembre de 1959, entre los Hutu y los Tutsi, con un balance de más de 25.000 muertos<sup>11</sup>. O, también, la prolongada y dramática guerra civil de Nigeria, que se ha saldado con el práctico exterminio de la etnia Ibo, que ha visto perecer a más de dos millones de sus miembros. O el genocidio sudanés, que vienen practicando, desde hace una docena de años, los pueblos musulmanes del Norte del país contra los «rebeldes» de las provincias meridionales (Bahr el Gazal, Ecuatoria y Alto Nilo) que, basados en sus diferencias raciales y religiosas, se niegan a adoptar el Islam y reclaman la autonomía. También

<sup>9</sup> *Le Monde*, 28-29 de junio de 1970.

<sup>10</sup> RENÉ DUMONT: Op. cit., pág. 121.

<sup>11</sup> JULIO COLA ALBERICH: *La explosiva inestabilidad africana*, núm. 77 de esta REVISTA.

el caso de la guerra civil congoleña, producida tras el intento de secesión de Katanga de un Estado unitario y centralista, que sofocaba su propia personalidad. Los ejemplos anteriores pueden multiplicarse (Chad, Eritrea, Somalia, etc.) y parecen demostrar que el no haber podido concebir los nuevos Estados africanos con la suficiente flexibilidad política—y la necesaria visión del futuro que deben poseer los estadistas responsables—es la causa primaria de estas tragedias que, además de costar a Africa ríos de sangre y devastaciones ilimitadas, están retrasando indefinidamente la evolución progresiva del Continente. Y, en los momentos actuales se dista de haber superado estos enfrentamientos (como recuerda el caso vigente del Chad o el del Sudán), puesto que, como afirma Fanon, «el partido llamado nacional se comporta como partido racial. Es una verdadera tribu convertida en partido y organiza una auténtica dictadura racial... Esa tribalización del poder provoca, sin duda, el espíritu regionalista, el separatismo»<sup>12</sup>.

La cuestión de la intangibilidad de las fronteras está también en la raíz de todos los conflictos bélicos que ha presenciado el continente africano durante estos últimos diez años. Bastaría recordar las inquietantes proporciones alcanzadas por el enfrentamiento bélico argelino-marroquí de 1963, ahora felizmente resuelto, o el somalo-etíope de 1961 para confirmar cuanto decimos.

La evolución del panorama político africano, durante el decenio que estamos considerando, puede caracterizarse por la general substitución de los regímenes «democráticos» previstos en sus Constituciones independentistas por otros basados en el partido único o en el mando militar. La democracia, que, en el caso del Africa francofona, se pretendía introducir en la Comunidad mediante una serie de textos basados en la Constitución francesa de 1958, ha sido, posteriormente, corregida en el sentido de promulgar otros nuevos que llevan a configurar regímenes fuertes de carácter presidencialista. Como afirma el profesor Ramírez Jiménez, en un trabajo muy documentado e interesante, «la etapa última de ciertas modificaciones constitucionales habidas no hace más de dos o tres años tienden a consolidar situaciones de poder personal que ya venían manifestándose: así, por ejemplo, la revisión constitucional del Senegal (18-XII-1962), a través de la cual el Presidente de la República asume igualmente las funciones y poderes que el texto preveía para el Jefe de Gobierno o la nueva Constitución que en mayo de 1962 se promulga en la República del Chad y que convierte al Jefe del Estado en Presidente de la

<sup>12</sup> FRANTZ FANON: *Los condenados de la tierra*, México, 1963.

República, aumentando su poder e independencia. En estos casos, las últimas modificaciones a que aludimos son consecuencia, igualmente, de un hecho nuevo relacionado con los partidos: la marcha del país hacia un régimen de partido único o predominante, que consagra la figura de un líder absoluto de todo el país y que tiende así a consolidar su posición»<sup>13</sup>. Estas afirmaciones relativas a los países francofonos pueden ampliarse—como demuestran Uganda o Tanzania—al Africa de cuño británico. El primer país subsahariano en adquirir la independencia, Ghana, adoptó rápidamente características de autocracia y ese ejemplo se ha difundido en casi todo el continente, finalizando por una apoteosis general del partido único<sup>14</sup>. Esto se debe en opinión del profesor Ramírez, a que «el régimen de partido único es consecuencia de que Africa ha necesitado un sentido nuevo de la democracia, que hace alusión a las libertades de participación y control *dentro* del partido y no al juego multipartidista o a que exista una oposición que controle la labor gubernamental»<sup>15</sup>. También puede explicarse en el sentido de que los partidos políticos existentes en el Africa preindependentista tenían, fundamentalmente, un matiz nacionalista; eran agrupaciones heterogéneas, fundadas con un objetivo predominante: conseguir la descolonización y acceder a la independencia. Una vez resuelta la cuestión, al adquirir la soberanía nacional, fallaban los supuestos básicos y perdían su poder aglutinante. Por esto, los partidos únicos actuales tienen como norma característica la misión de apoyo a unas revoluciones de signo muy peculiar, puesto que son el instrumento pseudoideológico de la permanencia en el poder de dirigentes muy cualificados. En definitiva, en Africa, la auténtica democracia, entendida con un sentido europeo, ha sido totalmente desplazada, tal vez porque no fuera idónea para el continente que trató de copiarla en sus rasgos externos y superficiales. Gunnar Myrdal recordaba al Parlamento indio, en 1958, que Europa no había alcanzado sus diversas formas de «democracia» más que después de haber llegado a un grado, ya elevado, de desarrollo económico, y que la tentativa de la India de instalar un tipo análogo de democracia, antes de un punto pronunciado de desarrollo, le parecía aventurado. Otro tanto sucede en Africa, y por ello se ve el continente obligado a escoger sus instituciones políticas más apropiadas.

<sup>13</sup> MANUEL RAMÍREZ JIMÉNEZ: "Régimen de partidos en los países africanos de habla francesa", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 155, pág. 100.

<sup>14</sup> Cfr. MANUEL RAMÍREZ JIMÉNEZ: Op. cit., págs. 123-124.

<sup>15</sup> MANUEL RAMÍREZ JIMÉNEZ: Op. cit., pág. 128.

Ambas cuestiones, el enfrentamiento en el interior de los Estados de las diversas entidades étnicas forzadas a convivir en sus confines, y, también, las hostilidades derivadas de los pleitos territoriales y fronterizos, hubieran podido ser resueltas, o paliadas al menos, si la creación de la Organización de la Unidad Africana hubiera sido planteada en términos constructivos. Con esta entidad se pretendía, entre otros fines, poner término a la asombrosa proliferación de pactos y cartas a que asistía Africa, con el resultado de que se estaban creando bloques antagónicos. Africa estaba consolidando, durante los años que constituían el período axial de su historia, la fragmentación, a escala continental, de tres AFRICAS: la árabe septentrional y las dos subsaharianas —con leves excepciones—, que pudiéramos denominar de formación francesa y británica, respectivamente. Las cuales, a su vez, distaban mucho de haber hallado una fórmula flexible de compenetración. Esta realidad no pasaba inadvertida a los hombres responsables de los destinos africanos, y para remediarla fue convocada la conferencia de Addis Abeba, con el fin de tratar de armonizar las distintas trayectorias vigentes.

Con la firma de la Carta de Addis Abeba, en mayo de 1963, surgía una nueva Organización, la de la Unidad Africana, que agrupa a los Estados independientes de Africa. Entre los fines que se le encomendaban figuraban la eliminación de los bloques que escindían Africa en grupos rivales, el desarrollo económico para la elevación del nivel de vida de sus pueblos, la defensa de la soberanía e integridad de los Estados miembros, así como la total liberación del continente del dominio colonial. La necesidad de superar las divisiones y pugnas que implicaba la existencia de bloques contrapuestos era urgente. Como afirmaba el presidente del Dahomey, «la división de Africa en grupos no sirve sino para prolongar las maniobras de la guerra fría». Este antagonismo había ya perjudicado muchas tentativas solventes de integración.

Es preciso tener en cuenta que si bien existe un objetivo de unidad africana como móvil principal de esta Organización nacida en la capital etiope, la forma en que ha de plasmarse se interpreta de formas muy diferentes y, desde el primer momento, ha dado origen a tesis discrepantes y a posturas violentas que están perjudicando la propia existencia de la O. U. A. En la triste experiencia biafreña se han enfrentado los partidarios del unitarismo a ultranza, defensores de rígidas estructuras centralistas, con los que sustentaban que sólo un Estado federal, o confederal, constituía la solución política viable. En el curso de estos años, en las deliberaciones de Addis Abeba se ha asistido

al planteamiento y pugna de ambas tesis, esta vez enfocadas al conjunto de todo el Continente. Países como Ghana, al principio, o Uganda, defendieron acaloradamente la idea de que Africa debe proceder a una total integración, para lo cual la O. U. A. se transformaría en una entidad supranacional dotada de un Consejo Ejecutivo y de un Parlamento, cuyas decisiones tendrían fuerza ejecutiva inmediata sobre los Estados miembros. Ciertos jefes de Estado muy experimentados, como el de Túnez, rechazaron esta tentativa de ahogar la soberanía de los Estados, defendiendo algo así como «el Africa de las Patrias». El presidente del Camerún, Ahidjo, abundaba en la opinión diciendo: «Debemos ser realistas. La Organización africana que queremos debe ser flexible para que sea eficaz». Es una postura más positiva, porque es difícil pasar bruscamente, en tan escaso tiempo, de una situación colonial como la que imperaba hasta hace pocos años, a una sustancial unificación. Bourguiba explicó claramente que «planear la unidad como cosa inminente y fácil hace correr el peligro de terminar en una desilusión», y Maga afirmaba que consideraba prematura la idea de crear un solo Estado africano proponiendo, por el contrario, una fórmula de solidaridad interestatal. Senghor, que se ha mostrado siempre partidario de la idea del «federalismo primario» argumentaba: «Nuestro objetivo es la realización de la unidad africana en el marco de una República federal». Se trataba, en suma, de que cada país conservara su independencia, pero formando parte de un sistema más amplio desde el punto de vista económico y político. Por otra parte, los conflictos internos que subsisten en muchos Estados demuestran que si ha habido incapacidad para llegar a una efectiva integración nacional, los obstáculos para lograr una heterogénea unidad continental deben ser mucho mayores y, por ello, muy difíciles de salvar en el momento actual. Si en diferentes Estados persisten aún las diferencias intertribales que impiden el desarrollo de un auténtico espíritu nacional, resulta excesivamente ambiciosa su pretensión de llegar, sin más preámbulos, a la unidad continental. Tal vez una gradual unificación regional fuera el primer paso más factible.

Otro aspecto muy significativo que ha recogido la O. U. A. ha sido el de consagrar, de forma oficial y terminante, las fronteras artificiales creadas por los países colonizadores. El artículo tercero de la Carta estipula el respeto a los límites actuales de los Estados que son, precisamente, los que poseían cuando eran colonias europeas. Esta devoción por el *status quo* podrá ser la más cómoda, indudablemente, pero cierra el paso a toda evolución progresiva. Así comprobamos que desde que funciona la O. U. A. se han desarrollado graves

conflictos bélicos sin que la Organización haya podido contribuir a resolverlos. Esto fomenta su descrédito y esta incapacidad está conduciéndola a una situación de letargo operativo similar a la que padece la Organización de las Naciones Unidas. A pesar de las promesas, cuando lograda la independencia, los nuevos Estados se han congregado para sentar las bases del futuro edificio continental en vez de llegar a acuerdos amistosos, basados en antecedentes étnicos, que modifiquen las fronteras, homogeneicen sus poblaciones y eliminen las causas de la tensión, insisten en conservar las arbitrarias que les legó Europa, trazadas, en gran parte, por el Acta de Berlín de 1885, que ignoraba los derechos soberanos, hasta cierto punto rudimentarios e imprecisos, de las tribus indígenas, consideradas como elemento marginal, ya que admitía aquellos territorios como *res nullius*, susceptible de adquirirse por ocupación. Esta determinación ha costado ya torrentes de sangre a Africa—más de cuatro millones de seres han muerto, por tal causa, en el decenio que venimos considerando—y continuará siendo la mayor dificultad que se cierne sobre su porvenir.

Así se comprendió que en una prestigiosa publicación africana<sup>16</sup> se escribiera recientemente: «En septiembre de 1968, la Organización de la Unidad Africana celebraba en Argel su V aniversario. La representación de los Estados, a pesar de la ausencia más o menos significativa de algunos de sus jefes, resultó masiva. Pero el balance es decepcionante, ya que no aparece ni la solución, ni siquiera una aproximación a una solución, de ninguno de los grandes problemas que se plantean hoy al continente. La decepción, muchas veces advertida por los observadores, corresponde, sin duda, a una realidad».

La consecuencia de todo ello es la inestabilidad política que se advierte en todo el continente, lo que demuestra que existe una honda fermentación interna, que se traduce en una interminable sucesión de «complots», atentados y golpes de Estado de variado signo.

Es obvio que tan continuada serie de turbulencias e insurrecciones revelan una situación política inestable. Puede afirmarse que en Africa, durante este decenio, no se ha llegado a encontrar su perfil de equilibrio, aunque se hayan efectuado sensibles progresos de distinto orden. En otras palabras: «En los Estados independientes, la vida política aparece aún, muy frecuentemente, como dominada por una áspera lucha por el poder»<sup>17</sup>. La evidente con-

<sup>16</sup> "L'Année Politique", en *Africa 1969*.

<sup>17</sup> *Afrique 1969*.

JULIO COLA ALBERICH

secuencia es que esa inestabilidad política, aparte de su intrínseca peligrosidad, perjudique el progreso económico africano, que resulta vital en estos momentos cruciales. Como escribe Decraene, «ni el régimen del partido único ni el poder personal han permitido esa estabilidad indispensable al éxito de toda labor de fomento económico»<sup>18</sup>. África, transcurrida esta turbulenta etapa inicial, necesita llegar a un nivel de estabilidad, desterrando el desorden, si aspira a su propia supervivencia.

JULIO COLA ALBERICH

---

<sup>18</sup> PHILIPPE DECRAENE: "Dix Ans d'indépendances africaines", *Le Monde*, núm. 7.917, 28-29 de junio de 1970.